

VIVIR LA UTOPIÍA

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

VIVIR LA UTOPIÍA

por

Diego Latorre

*F*ICTICIA

MÉXICO

2018

VIVIR LA UTOPIA

D.R. © Diego Latorre López

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Fotografía del autor: Luis Lucacci

Edición: febrero 2018

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Mónica Villa

Cuidado de la edición: Gustavo Marcovich

Magnolia 11, col. San Ángel Inn, Deleg. Álvaro Obregón, Ciudad de México,
c.p. 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-089-6
Impreso y hecho en México

A Mónica, Alonso y Ferrán.

*Para escapar de su miserable suerte,
el pueblo tiene tres caminos: dos imaginarios y uno real.
Los dos primeros son la taberna y la iglesia.
El tercero, la revolución social.*

Mijaíl Bakunin

1906

Al calor de un fuego, en los tiempos en los que en la Ciudad de México aún se podían encender chimeneas, Ángel, vestido como catrín —como un señorito, ¡me cago en la leche! diría él—, con voz ronca y pausas sabrosas, nos contaba sobre los últimos días en su pueblo natal, Mazarrón, Murcia, en una España venida a menos tras la guerra contra Cuba.

—Éramos pobres, ¡no imagináis cuánto! Vivíamos en un pueblo minero miserable. El infausto reino español era sostenido por una oligarquía de nobles, militares, políticos corruptos y curas...

»A éstos no les faltaba nada, vivían como marqueses y, encima, iban por ahí condenando a aquél que cuestionara algo. Han estado siempre de lado del dinero, de la patronal y desprecian al pueblo. Nunca os fiéis de ellos, tarde o temprano os darán una puñalada, os condenarán y en el nombre de Dios os sacrificarán como cerdos en matadero.

»¡Hijos de la gran puta!»

Corría el verano de 1906. Ángel, como cualquier niño en vacaciones, entraba y salía de su casa a todas horas, ansioso por jugar. Tenía seis años y había terminado sus cursos de primera enseñanza en la escuela de Nuestra Señora de Cartagena. Ese día, el último en Mazarrón, esperaba a Joaquín, su hermano menor, que de un momento a otro debía volver de sus labores en la parroquia. Su abuelo, dedicado a nada, dormía la siesta de media tarde en el porche, disfrutando de la ínfima ventisca que le acariciaba la piel y del

vaivén de la mecedora que lo mantenía irremediablemente aletargado.

El viejo, murciano de acento alegre, tenía el carácter de una mula mal parida y se desquitaba con quien fuera y sin mediar razón. Era un tipo corpulento, moreno claro, peludo como oso y de andares lentos. De su larga cabellera y blancuzcas barbas se escapaba un miserable olor que impregnaba el ambiente en forma insoportable. Fumaba tabaco negro como si la vida se le acabase en cada calada, y su inquebrantable mal humor estaba ligado, según decía Ángel, a la peste de sus pelos faciales que no lavaba ni en las festividades de la virgen de Fuensanta.

Ángel pasó enfrente del viejo que, con mala leche, intentó asestarle un bastonazo que apenas pudo esquivar, echando a correr hacia el monte para ocultarse.

El anciano pegó un grito:

—¡Te voy a cocer a hostias, ya verás cuando te pille!

—¡Viejo cabrón! —le contestó Ángel en tono de burla, mientras se alejaba nervioso.

En aquella tarde calurosa, en esa casa de camastros con colchones de hojas de panojas de maíz, alumbrado de candel de pábilo y aceite, sólo estaban la madre alcoholizada y el abuelo. Joaquín, que ayudaba en los quehaceres al cura del pueblo, aún no regresaba. En la cocina se mantenía encendido, principalmente durante la temporada invernal, un fuego en una diminuta chimenea que servía para calentar el sitio.

—Era nuestro sitio favorito —decía Ángel—; también el de mi madre, María Morales, en donde bebía hasta la inconsciencia.

La dependencia al alcohol sólo le confirmaba a la madre ser víctima de su propia historia, tristeza, abandono. El aguardiente era su refugio. Se trataba de una mujer sin estu-

dios, maltratada desde niña, poco generosa y mezquina consigo misma. Cruel y desinteresada por la vida, que vio a sus hijas mayores partir fuera de Mazarrón a edades tempranas, cazando hombres para buscarse un futuro.

—Dolores y Mercedes supieron largarse a tiempo —decía Ángel—. Se marcharon tan pronto que, el único recuerdo que teníamos de ellas, se reducía a una imagen sacada de un daguerrotipo de cuando eran niñas, con sus ojos llenos de luz. Joaquín y yo, que también deseábamos largarnos, sufríamos, por lo pronto, la condena de la edad.

Desapareciendo de la vista del abuelo, Ángel se dirigió enseguida al pueblo para encontrarse con sus amigos. Más o menos a las cinco de la tarde, durante el verano, era costumbre ver a los muchachos reunirse en la plaza principal, junto al atrio de la iglesia y, de ahí, andar hasta la boca de la mina.

Ese día no fue distinto.

De camino, Ángel vio a Joaquín salir del templo. Le pegó un grito y Joaquín corrió para alcanzarlo. Se abrazaron y, cual compinches, fueron al encuentro del resto de la palomilla. Eran casi las siete de la tarde y los niños, aplozados en la puerta principal de la mina, escucharon la sirena que anunciaba el fin de la jornada laboral.

En ese momento llegó en un coche tirado por caballos don Juan de la Cruz hijo, el propietario de la mina. A su padre, “el amo viejo”, como le decían los mineros, ya se le veía poco por esos lares. Al silbido del cochero se abrió la descuidada e inmensa puerta de hierro que era un símbolo en el lugar.

El propietario debió recriminar al portero por permitir que un montón de niños estuviesen jugando junto al portón, pues éste, al salir con insultos y azuzando a los muchachos con pegarles de patadas, le gritó a la palomilla para que se alejara.

—¡Fuera de aquí, gamberros, paletos sinvergüenzas!

Los ojos del portero estaban cargados de ira. Los muchachos no entendían por qué reaccionaba de esa manera. Era, más bien, un tipo humilde y afable con todo mundo. Tampoco entendían por qué, de la nada, debían moverse. Su presencia no estorbaba ni perjudicaba a nadie.

Esto los irritó.

Se alejaron unos metros fuera de la visión del guardia. Escondidos tras unos montones de arena y cal, Ángel ideó un plan:

—¿Qué os parece si nos cargamos la bombilla de la puerta a pedradas y, cuando sobrevenga la noche, los dejamos a oscuras?

»¡Qué se jodan!»

Regresaron sigilosos al portón por un costado. El portero no los vio. Miraron entonces hacia un extremo y otro y, seguros de su impunidad, lanzaron sus piedras con dirección a la bombilla.

El ruido fue sublime. Se escuchó un grandioso ¡paf! Asustados de su fechoría, echaron a correr al tiempo en que caía una fina lluvia de fragmentos de vidrio.

—Niños aún —decía Ángel—, habíamos iniciado la guerra social y, aunque nos lanzamos a correr, lo hicimos con la agradable sensación de haber ganado la primera batalla en la vida.

Aun excitados y, con una sonrisa que les abarcaba el rostro, los hermanos volvieron a casa. El abuelo los esperaba en la puerta. Entraron y, al pasar por delante, los amenazó con patearles el culo.

—¿A ver si os seguís riendo? ¡Maricones!

Llegaron a la cocina por unos mendrugos de pan luego de sortear la humanidad de su madre en el piso. Encontraron café hecho desde la mañana, pero estaba bueno, y un pedazo de turrón de yema. Con eso bastaba, pues en otras

ocasiones se habían conformado sólo con pan. Se apresuraron, ya que intuían que el padre regresaría pronto.

En apenas un suspiro resonaron unos pasos implacables. De una patada, su padre abrió la puerta desvencijada. Venía hecho una furia por lo acontecido con la bombilla. El tipo era un verdadero cabronazo.

—No merece ni ser mencionado por su nombre —decía Ángel.

El padre era peor que el abuelo, pues tenía la gracia de ser un tipo bien parecido con cara de inocente. Engañaba a todos hasta que su verdadero yo se manifestaba. Alcohólico, sin estudios y criado por una familia de mineros más brutos que un burro, salvo por su hermano, el tío Joaquín que, siendo joven, se embarcó hacia las Colonias.

El padre era un hombre fuerte, alto, demoledor: golpeaba por gusto a quien osara contradecirlo; si no había pan en casa, quien estuviera enfrente recibía una paliza. Era un perro enfermo de rabia.

—Nadie mejor para representar la ira —decía Ángel—; era desalmado, un perfecto cabrón.

Ángel y Joaquín temblaron al escuchar a su padre. Corrieron entre el abuelo y la madre para esconderse tras unos muebles, pero quedaron acorralados. Empezó el griterío. El padre salivaba a borbotones. Tomó su cinturón y les pegó varias veces.

De pronto se detuvo.

Miró al abuelo y a su mujer. Se percató de que estaba inmóvil en el suelo. El viejo, inclinado junto al cuerpo, se mantenía en silencio, sin saber qué decir. El padre se acercó. La examinó y posó su cabeza a la altura del pecho. No le latía el corazón. Su mujer estaba fría, muerta. La habitación enmudeció por un momento hasta que ese silencio se colmó de las profusas carcajadas del padre.

El viejo, por inercia, sólo sonrió.

Ángel miró a su padre levantar del piso la botella de aguardiente que la madre había dejado a la mitad. Después de un trago largo, el padre se volvió hacia la puerta y, de espaldas, antes de marcharse, dijo:

—¡Así terminan las putas!

Se marchó. Joaquín, enseguida corrió hacia su madre. Ángel, asustado, cerró los ojos. Intentaba no llorar. Un coraje enorme lo invadía. Esa noche el padre no volvió. De hecho, no volvieron a verlo nunca más. Ángel y Joaquín habían quedado huérfanos y a merced de sus mejores anhelos.

Al cabo de unas horas, medio pueblo se presentó a la casa. El alcalde, la guardia civil, los acreedores. Al amanecer el lugar quedó vacío. Todo, hasta el más pequeño cacharro, había desaparecido. Los acreedores del padre hicieron efectivos sus créditos y se llevaron lo poco de valor que encontraron. Incluso el párroco del pueblo —¡ese cabrón!, al darle los santos óleos a mi madre arrancó con maestría, sin que nadie se percatase, salvo Joaquín, el guardapelo de oro que mi padre le había regalado de bodas y que, de no haberlo recuperado, hubiera terminado en manos de la puta del pueblo que le hacía los gozos a ese ilustre mensajero de la palabra de Dios, contaría Ángel.

Joaquín vio cómo el cura arrancaba la joya. Enseguida se lo dijo a Ángel, quien, a la primera oportunidad y en medio de la ceremonia fúnebre, se acercó al prelado y, entre rezos y rezos, le asestó un puntapié en los testículos al tiempo que le arrebatava de su mano izquierda la joya hurtada al cadáver.

El cura, encorvado por el dolor, bramaba maldiciones. El abuelo enseguida se echó sobre Ángel, lo contuvo, le pegó un par de bofetadas y, entre patadas, lo encerró en un baúl hasta que Joaquín, en medio de la confusión y tras el ceremonial, lo rescató.

Con los primeros brillos del alba, Joaquín y Ángel dormían. Estaban acurrucados el uno con el otro en un rincón de la cocina. Del cuerpo de la madre, envuelto en unas sábanas blancas, que yacía en mitad de la estancia sobre un tablón de madera, emanaba un incipiente olor a putrefacción. El abuelo se había marchado de madrugada. De pronto, Ángel escuchó unos pasos y vio una sombra tras la puerta. Se asomó y, con la visión empañada de legañas, notó que en la entrada figoneaba una figura que le pareció familiar. Aún somnoliento, por un rabillo en la puerta, reconoció al tío Joaquín, hermano de su padre.

Estaban acostumbrados a sus visitas fugaces y repentinas por casa, sin mediar aviso, en las cuales, Ángel y Joaquín, recibían mimos cariñosos y alguna sorpresa de tierras exóticas. Joaquín Latorre Martínez se había enrolado en la armada española y tuvo oportunidad de conocer las últimas Colonias del Imperio. Vivió en Filipinas, Puerto Rico y salió de Cuba con la Guerra de Independencia. Con algunos estudios y mundo auestas, el tío Joaquín, como le decía Ángel, era un hombre de avanzada. Había leído a Marx, Engels y a otros pensadores como Pierre-Joseph Proudhon, cuyos manuscritos se publicaban en pasquines y folletos que se difundían entre la clase obrera en Barcelona. Era un hombre con sensibilidad y consciente de la profunda crisis social de España. Recitaba a Bakunin con una erudición sorprendente. Advertía que todo buen anarquista se formaba leyendo las obras de Kropotkin.

—Era humanista y con inclinación a la organización anarcosindicalista —decía Ángel—. Tras su paso por la armada y defender la Corona en tierras americanas, el tío Joaquín fue dado de baja y viajó de Cuba a Barcelona. Afincado en la ciudad Condal, rentaba un humilde apartamento en un barrio obrero cercano a la estación de trenes de Sans.

Joaquín Latorre abrió la puerta y, mientras se acercaba a sus sobrinos, Ángel corrió a abrazarlo. El tío iba al pueblo de pasada, proveniente de Málaga, en donde había cerrado un par de negocios de maderas finas. Al llegar a Mazarrón, apenas descendió del tren, el guardavía, conocido de la familia, le contó la tragedia.

Con la confusión a cuestas, los hermanos se aferraron al tío Joaquín. Ese día temprano alistaron sus pocas pertenencias. No asistieron al entierro de su madre ni supieron quién sufragó los gastos. Abandonaron la casa y el cadáver. Ni siquiera entornaron la puerta. El tío, Ángel y Joaquín se marcharon en el tren a Barcelona, dejando para siempre al padre y al abuelo. Los dos niños lacraron esa fecha y nada más. No tenían más recuerdos de su pueblo ni de sus hermanas ni de su demás familia.

Esa mañana que salieron de Mazarrón, como aquella a finales de enero de 1939, a vísperas de la caída y la toma de Barcelona por parte del ejército de Franco, en la que Ángel debía abandonar España por los Pirineos y refugiarse en Francia, los hermanos tragarón saliva, se miraron un momento, no se tocaron ni se dijeron nada.

—Apretamos el culo y nos marchamos —decía Ángel.

1909

LA SEMANA TRÁGICA

Ángel era pequeño y menudito, pero su espíritu estaba más curtido que el de un niño de nueve años. Había dejado atrás, junto con su hermano Joaquín, la pesadilla de Mazarrón y, aunque se vivía mejor en Barcelona, sufría las penalidades de la época.

—Era un verano cálido como todos los de Barcelona. Pero el de 1909 estaba recalentado por el primer movimiento obrero importante que me tocó vivir —decía Ángel—. El decreto del primer ministro, Antonio Maura, de enviar tropas de reserva a las posesiones españolas en Marruecos, en ese momento inestables, desencadenó los hechos violentos que fueron conocidos como la Semana Trágica.

En las calles del barrio se comentaba: “Allá, en Melilla, el ejército está siendo derrotado; sólo reclutan a jóvenes y nadie toca a la burguesía. El clero tiene la culpa”.

—Esto debe acabar de una puta vez —decía Ángel.

España no se recuperaba de la pérdida de Cuba en 1898 y vivía inmersa en un sistema político en el que dos partidos, el Conservador y el Liberal, se turnaban en el gobierno. El poder eclesiástico apoyaba el reclutamiento de los obreros. El resto de los partidos políticos estaban marginados del poder. La mayoría de los sindicatos, proscritos. Las ideas anarquistas eran blasfemias al sistema español y resultaban un gran insulto a la monarquía y a la burguesía capitalista.

ÍNDICE

1906.....	11
1909.....	19
1915-1920.....	27
1921-1922.....	45
1923.....	59
1928.....	69
1932.....	77
1934-1935.....	87
1936.....	107
1937-1939.....	123
1942-... ..	143
EPÍLOGO.....	153

«VIVIR LA UTOPIA»

DE DIEGO LATORRE LÓPEZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 19 DE FEBRERO DE 2018 EN LOS
TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V. PRIVADA EMILIANO

ZAPATA NÚM. 5947, COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE,

PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.